

4º DOMINGO DE PASCUA

Jn 10: 27-30

PASTOR Y REBAÑO: LAS TRAMPAS DE UNA IMAGEN

Parece indudable que dos mil quinientos años con esta imagen del pastor en la tradición judeocristiana han dejado su huella en el imaginario colectivo cristiano. No niego que, en algunos casos, la imagen del pastor –y la alegoría que lleva su nombre, en el cuarto evangelio- ha podido despertar y alimentar sentimientos de confianza profunda en Dios y en Jesús.

Pero los inconvenientes no han sido menores. Me gustaría detenerme en ellos, para crecer en lucidez acerca de los riesgos que encierra y que, en no pocos casos, se han materializado en formas *concretas que van en dirección opuesta al mensaje de Jesús, que proclamaba la libertad de la persona y la exigencia de vivir la autoridad como servicio: "Sabéis que los que figuran como jefes de las naciones las gobiernan tiránicamente y que sus jefes las oprimen. No ha de ser así entre vosotros. El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; y el que quiera ser el primero entre vosotros que sea el esclavo de todos"* (Mc 10,42-44). Al hilo de esta palabra de Jesús, quiero señalar las trampas que percibo en el uso de la imagen del pastor dentro de la iglesia. No digo que siempre se viva así, sino que existen riesgos.

Para empezar, se trata de una imagen anacrónica, que a nuestros contemporáneos, tan alejados de la vida campestre y pastoril, no les dice nada.

Pero hay algo más grave, que se cuela muy sutilmente, y que juega a favor de los intereses de las autoridades religiosas, que no dejan pasar la ocasión para presentarse como "pastores". Es claro que se trata de una palabra que no necesita más añadidos: el "pastor" es el que sabe, el que dirige, el que está por encima, el que controla y el que, llegado el caso, castiga. No debe ser casual que la palabra "obispo" provenga del griego ἐπίσκοπος ("episkopos"), que significa "vigilante". Es cierto que también puede ser el que dé alimento, aunque eso es susceptible de generar otra dependencia todavía peor.

Pero la imagen del "pastor" no solo repercute negativamente en el modo de entender el papel de la autoridad, sino que contamina también la visión que el propio creyente tiene de sí mismo y del grupo religioso al que pertenece.

Porque lo que conduce al pastor son "ovejas": basta introyectar esa imagen para favorecer una actitud y un comportamiento "borreguil", que puede llegar (ha llegado) a delegar su responsabilidad en manos de la autoridad.

Ahora bien, como nada (aunque lo vivamos inconscientemente) es gratis, el "borreguismo" tiene que buscar otras compensaciones o "ventajas" que satisfagan a la persona que se ha sometido. Y ahí aparecen varias.

La primera ventaja es la sensación de seguridad que aporta. Es sabido que los humanos tenemos tanta necesidad de sentirnos seguros, que somos capaces de renunciar incluso a la libertad (y a la libertad de pensar y de decidir) con tal de ahuyentar el fantasma de la inseguridad.

Aporta también una sensación de contarse entre "los elegidos", los que son del "redil", frente a aquellos otros que andan desorientados en su error. Esto parece otorgar un cierto estatus de superioridad que no es difícil advertir en los círculos religiosos.

De esa posición que se considera privilegiada –aunque luego se añada que la fe es un don gratuito-, se derivan otros "tics" que tienden a deformar también gravemente el núcleo espiritual que se quiere vivir.

El primero de ellos consiste en confundir su religiosidad con la espiritualidad, como si el suyo fuera el "camino cierto", y todo lo demás no pasaran de ser autoengaños, que se toleran, pero que se miran con una cierta superioridad desde la actitud paternalista de quien se cree en posesión de la verdad.

Otro tic característico es el aire más o menos proselitista –aunque solo sea expresado en la fórmula: "tenemos que dar testimonio para que otros crean"- que se deriva de aquella creencia, y que se "cuela" incluso en no pocas presentaciones de la llamada "nueva evangelización".

Desde ese mismo lugar, parecen arrogarse nada menos que el poder de dar carné de verdaderos creyentes a quienes ellos deciden. Hasta el punto de que, en casos extremos, no tienen empacho en proclamar que quien no cree como ellos se halla fuera de la fe de la iglesia.

Si a todo esto unimos un cierto aire de victimismo cuando las circunstancias no les son tan favorables como desearían, obtenemos expresiones que producen vergüenza ajena: "Hoy no está de moda creer"; "no se valora el cristianismo"; "es una sociedad vacía"; "solo existe la religión a la carta"; "los creyentes somos perseguidos"...

A mi modo de ver, esos tópicos revelan prepotencia e ignorancia. Por un lado, porque en muchos casos ha sido la propia institución religiosa la que ha sembrado lo que ahora cosecha. Por otro, porque el declive de una forma de religión institucional no significa el hundimiento de la vivencia espiritual. O acaso eran más espirituales las personas en la Edad Media, cuando era obligatorio asistir a misa, que en la actualidad?

Quizás sería bueno dejar la imagen del "pastor", abrirnos a la palabra de Jesús, válida para todos nosotros (*"el Padre y yo somos uno"*) y asumir su forma de vivir a favor de las

personas, abandonando toda forma de religión exclusivista, que parece recordar –añorar– las maneras del nacionalcatolicismo.

Enrique Martínez Lozano